

Atlas Chiuminatto: imágenes para un panel de la memoria

Atlas Chiuminatto: images for a memory panel

Rodrigo Bobadilla Palacios

Pontificia Universidad Católica de Chile

Chile

rabobadilla@uc.cl

A Pablo, *il miglior fabbro*

“El escepticismo no es irrisión del misterio, sino de las recetas
con que el tonto pretende descifrarlo”.

Nicolás Gómez Dávila

1

Si la memoria –esa experta en fallos– no me falla, mi amistad con Pablo nació hablando sobre zapatos. Era una fría y sombría tarde del invierno de 2017, de esas en que apenas se vislumbra la silueta cordillerana detrás de una densa mezcla de aire nuboso, smog y melancolía santiaguina. Como arrancados de la niebla, un puñado de estudiantes del posgrado de letras de la PUC emergíamos del metro para asistir a sus clases de Literatura Comparada, que en realidad eran clases sobre su propio método de mirar, pensar y leer –sobre eso que algunos todavía llamamos la *chiuminática*. Estar en su sala era asistir a un auténtico espectáculo: el grisáceo ánimo invernal daba paso a un chispeante e histriónico despliegue de citas, versos, imágenes, cuadros, cortometrajes, digresiones exquisitas, bromas, ironías, lucidez refinada. Desde el escenario de su enseñanza, Pablo podía saltar de una página de Baltasar Gracián a un extracto del Chavo del 8, de un fragmento de Anne Carson a un episodio de Bob Esponja, de René Descartes a Ridley Scott, con la destreza

admirable de un espadachín que no duda ni un segundo de sus movimientos. O de un cocinero que sabe la medida justa de cada ingrediente, de cada condimento, de cada sazón. Escucharlo era recibir una bocanada de aire fresco, un viento de inspiración y curiosidad genuinas, bienes cada vez más escasos en los a menudo también grisáceos pasillos de la academia. Un oasis de vivacidad en medio de un desierto de aburrimiento.

Pablo nos había encargado escoger un tema para abordar en nuestro trabajo final, sobre el cual pudiéramos emprender nuestra propia cruzada comparatista. Yo estaba por entonces obsesionado con el objeto zapato y sus inabarcables resonancias simbólicas, poéticas, estéticas. Le insinué mi proyecto, y el tema, por supuesto, también le fascinó a él. Quedamos de reunirnos un día para conversarlo y trazar caminos de investigación. Recuerdo haber llegado esa tarde a su oficina varias horas antes de que comenzara su clase, y que la conversación cabalgó sin freno, descubriendo juntos referentes, obras, giros, casos, posibles relaciones, sentidos inauditos. El diálogo continuó incluso después de la clase, en el metro, cuando regresábamos ya de noche a nuestras casas. Hablamos de esarpines renacentistas, de sandalias romanas, del antiquísimo zapato armenio, de las montañas de zapatos apilados en Auschwitz, de las zapatillas que cuelgan de los cables de algunas poblaciones, de las zapatillas de Michael Jordan, de Van Gogh, de Chaplin comiéndose un zapato, de algún poema de Vallejo. Cuando llegamos a la estación en que yo debía bajarme, él también se bajó para extender la charla, y estuvimos todavía un rato más en el andén, mientras dejábamos pasar algunos vagones, escudriñando otros tantos misterios del calzado humano. Finalmente nos despedimos y seguí mi camino, totalmente imbuido por la pasión que irradiaba la mente de aquella persona que hasta ese momento consideraba solo como un profesor; aquella persona que, por su cercanía, calidez y generosidad, desde ese día comencé a sentir como un amigo.

Desde la muerte de Pablo, la imagen de esa tarde vuelve a visitarme muy seguido, seguramente engrandecida y brillantada por la nostalgia y mis ganas de seguir conversando con él. A veces la memoria –esa experta en fallos, trampas y trucos– trabaja así, dándole un brillo especial a ciertas imágenes que se disponen sobre el panel negro del olvido. Escribo esto y pienso en los paneles de Aby Warburg en su *Atlas Mnemosyne*, otra de las fascinaciones de Pablo y uno de los fundamentos de la *chiuminática*. Coleccionar imágenes, pensar con ellas, desde ellas, a través de ellas; construir galerías, constelaciones, mosaicos, y dejar que el pensamiento sea el hilo que urde relaciones, que busca motivos y continuidades, que descubre la recurrencia de un *pathos* silencioso que enlaza las partes. Esto es lo que el Chiuminatto profesor sabía hacer magistralmente en sus clases: ofrecer la experiencia de un modo de pensar distinto, una forma de poner las cosas unas junto a otras y de

hallar entre ellas sorprendidos vasos comunicantes. Es lo que comenzamos a hacer juntos aquel invierno al emprender lo que llamamos “la gran aventura zapatística”, en los primeros pasos de nuestra amistad. En la primera lámina del panel está entonces la imagen de un invierno, de sus clases, de una amistad incipiente y de las resonancias del calzado en una conversación que no quiere acabar, entre dos personas que dejan pasar y pasar los vagones del metro para seguir pensando juntos, seguir compartiendo, seguir caminando.

2

La primera vez que lo vi fue allá por el año 2003 o 2004, un buen tiempo antes de ser su estudiante y amigo. Yo trabajaba como cajero y librero en un pequeño local del barrio Bellas Artes, el Café Mosquito, donde concurrían diariamente una intrigante galería de seres adictos a la cafeína, los libros y la buena charla. Él era un parroquiano recurrente, pues vivía muy cerca, creo que en la misma calle. Por entonces no teníamos mayor vínculo que la cordialidad vecinal, pero tengo fresco el recuerdo de su desplante, de su histrionismo, de la variedad de personas con las que acudía a las mesas del café a tener largas y apasionadas conversaciones, así como de la exuberante aura de artista e intelectual que irradiaba por esos años. Siendo yo un joven literatoso que en ese momento se las daba de poeta maldito y comprometido —una extraña mixtura solo concebible para alguien que aún no cumplía los veinte años—, miraba con cierto recelo la figura de ese encumbrado y a menudo presuntuoso personaje. Pablo sabía hacerse notar.

En el café lo identificábamos a veces como “el pintor”. Durante el par de años que nos tocó toparnos en ese lugar cultivamos una relación afable, respetuosa, marcada por un dejo de humor e ironía. Lo recuerdo chusmeando en los libros que yo leía por entonces, para despachar luego algún comentario grandilocuente —“Se va a enfermar si lee esas cosas, muchacho”—, acompañado siempre de una sonrisa juguetona. Yo lo escuchaba con suspicacia y respondía con alguna pachotada parecida. Nos reíamos. En ese entonces no nos conocíamos bien, pero ya sabíamos encontrarnos en el encanto de ese espíritu risueño y bromista. Era imposible para mí llegar a saber, en ese momento, que un par de décadas más tarde esa sonrisa impregnada de juego e ingenio sería una de las cosas que más nos acercarían. Ni que ese gesto dejaría una huella tan profunda en mi memoria: la sonrisa inconfundible de Pablo, su rictus, su expresión alegre. Incluso al despedirlo, en su ataúd,

me pareció verlo esbozándola, como si estuviera a punto de proferir alguna de sus bromas. Y yo de reírme, por supuesto, ante la elegante gracia de su inteligencia.

De ese tiempo conservo también el recuerdo de verlo caminando: a través de los ventanales del café o en las calles del barrio era frecuente mirarlo caminar, con ese paso apresurado y decidido que lo caracterizaba. Era como si estuviera siempre yendo tarde a donde fuera que fuese. Pablo era un caminante, un andariego. De esas personas que tienen un ritmo extremadamente propio al machar, al trasladarse de un lugar a otro, al desplazarse entre lugares y ámbitos, entre intereses y disciplinas. Después de conocernos me encontré muchas veces caminando con él, en el campus de la universidad o en los barrios en que nos encontrábamos para trabajar en nuestros asuntos. A veces me costaba seguirle la marcha, avanzar a su ritmo, así como ir a la velocidad de sus pasos en los temas de nuestra conversación. Sabía pensar andando y, desde luego, se interesó en pensar sobre el andar: lo entusiasmaba enormemente el nomadismo, la vocación nómade de renunciar a los arraigos fijos y entregarse a la deriva de los caminos. Pasamos horas compartiendo ideas en torno a un panteón de espíritus viajeros y errabundos –Kenneth White, Victor Segalen, Bruce Chatwin, Ignacio Balcels–, en los que encontraba, pienso ahora, auténticos referentes de esa forma de relacionarse con el mundo que él mismo encarnaba: una curiosidad movediza, trashumante, siempre dispuesta a lanzarse a la aventura de abandonar lo ya conocido para descubrir lo nuevo.

¿No esa esa una clave para comprender la libertad de un hombre que transitó holgadamente por los terruños de la pintura, la estética, la filosofía y la literatura? ¿No es también a su manera un caminante aventurero quien se atreve a explorar senderos tan diversos como la ecología, las humanidades ambientales, las humanidades digitales, los videojuegos, la filosofía cartesiana, la literatura clásica, el podcast, el columnismo beligerante, la docencia, entre otros tantos? Los buenos caminantes son los que dejan huellas duraderas, reza un cliché certero. Y pasaremos un buen tiempo inspeccionando las que dejó marcadas en sus senderos el andariego Chiuminatto.

Si de caminatas se trata, atesoro en un lugar espacial de la memoria una que emprendimos juntos por Buenos Aires en el otoño del año 2018. Habíamos viajado hasta allá para presentar una mesa en un coloquio de Literatura Comparada organizado por la Universidad Católica Argentina, junto

a Sofía y David, dos compañeros del doctorado. Yo llegué algunos días antes a la ciudad, para practicar mis propias artes de andariego. Nos encontramos los cuatro en una librería de Sal Telmo la tarde antes del evento, y luego buscamos una pizzería para guarecernos y afinar los últimos detalles de nuestra propuesta de mesa para el coloquio. Sin embargo, de lo que menos hablamos en esa cena fue de nuestras ponencias: la velada se nos pasó contando historias, compartiendo anécdotas y recitando de memoria poemas del Siglo de Oro español. Recuerdo que casi me atraganté por un ataque de risa incontenible que tuve al escuchar una historia que nos contó Pablo de uno de sus viajes al norte, mientras él hacía la mímica de ser una flor abriéndose en el desierto florido. Estábamos tan contentos de estar ahí, de coincidir.

La mañana siguiente, a primera hora, compartimos nuestros trabajos ante una audiencia que no superaba las cinco personas y que todavía parecía estar medio dormida. Un paisaje típico de la geografía académica. Mientras nosotros, los jóvenes estudiantes, como es habitual en este tipo de espectáculos, leímos disciplinadamente nuestras ponencias, él hizo algo radicalmente distinto: se lanzó a enhebrar ideas sin apuntes ni pautas, improvisando *in situ*, pensando en vivo y en directo, únicamente equipado con un par de citas de Gabriela Mistral e Ignacio Balcells. Y la suya fue, sobra decirlo, la presentación más interesante. En sus ponencias, charlas, clases magistrales e intervenciones académicas, Pablo nos mostraba que el pensamiento debe ser algo vivo, vibrante, conectado con el presente, y no la monótona recitación de parrafadas soporíferas a la que estamos tan acostumbrados. Más de una vez conversamos sobre esto, y no me olvido de su dictamen al respecto, que conservo como una gran lección: si somos profesores, si nos dedicamos a enseñar y dar clases, entonces lo mínimo es que sepamos presentar nuestras investigaciones con pasión, gracia y vivacidad; que nuestras intervenciones académicas sean algo más que la lectura en voz alta de nuestros *papers*. Él lo ponía en práctica y marcaba una diferencia refrescante. Escucharlo en esos espacios era realmente como ver una flor abriéndose en medio de un desierto.

El asunto es que, como también es habitual, la mejor parte de nuestro encuentro vino después de que concluyeron las pirotecnias académicas. Cuando se acabaron las galletas desabridas y el pésimo café instantáneo que la universidad generosamente dispuso para después de nuestras presentaciones, Pablo nos preguntó si teníamos el día despejado. Todos viajábamos en la noche o al día siguiente, así que la cancha estaba disponible. Y entonces comenzó el jolgorio: como si de un Virgilio redivivo se tratara, el incansable caminante Chiuminatto se transformó en nuestro guía en un extenso peregrinaje por los círculos del centro de Baires, un territorio que él conocía muy bien, pues en su juventud había pasado algunas temporadas ahí. Nos mostró una parte de su mapa íntimo

de la ciudad, que incluía calles, esquinas, fachadas, plazas, librerías de viejos, librerías de nuevos, locales emblemáticos. Recuerdo ahora ese *tour* como si se tratara de un sueño, una nebulosa ensoñación que se resiste al olvido. Yo había recorrido en solitario algunos de esos mismos lugares en los días anteriores, pero hacerlo nuevamente, ahora en su compañía y en pos de sus pasos, transformaba el escenario conocido en un mundo completamente diferente: nos habíamos embarcado de pronto, inesperadamente, en una expedición insólita, una excursión en terreno por los territorios bonaerenses del universo Chiuminatto.

Ese día solo interrumpimos la marcha para cumplir con un rito imprescindible: sentarnos a almorzar en un restaurant de comida italiana, una picada que él ya conocía y en la que nos cobramos una merecida revancha por la insipidez de las galletas matinales. Comimos bien, y en abundancia. Fue en ese lugar donde comencé a enterarme de esa otra importante dimensión de su universo íntimo: la de su afición culinaria, su gusto por la buena mesa y el buen comer. Para decirlo en simple, Pablo tenía un paladar refinado. Tenía –en todos los sentidos de la expresión– buen gusto. En los años posteriores tuve el privilegio de estar sentado en su propio comedor para deleitarme con sus dotes de cocinero y anfitrión, la hospitalidad suya y de Sole, el justo aperitivo, la peperonata en su punto, el pollo al limón, el vino preciso, la mesa impecablemente preparada.

Ahora mismo tengo frente mí una fotografía suya, con una imagen que lo retrata por entero: parado en una cocina, con el delantal bien puesto, Pablo contempla un enorme mesón en el que unos listones de pasta fresca –probablemente recién preparada por el diestro *cuciniere*– trazan un prodigioso enredo. Él contempla la pasta reflexivamente, con atención y presencia, ambas manos bien dispuestas a la próxima acción, como un pintor frente a su lienzo en blanco, como un pensador frente a su página, como un conferenciante a punto de lanzarse a preparar frente a su audiencia el plato bien condimentado de sus ideas. “Gusto, sabor y saber”, podría titularse esa foto. Ciertamente, ese es el nombre –*buon appetito!*– de uno de sus libros.

La pandemia nos pilló en plena gestación de mi tesis doctoral, ese otro peregrinaje en el que Pablo también jugó el papel de mi guía y mi Virgilio. Antes de que se dispararan las histerias y las alarmas por la debacle sanitaria, antes de las mascarillas y los enclaustramientos, habíamos acordado un

régimen de reuniones semanales, un itinerario para lanzarnos a navegar sistemáticamente por las corrientes tumultuosas del peliagudo tema que yo escogí para mi investigación: la presencia del agua –o, para decirlo más rimbombantemente, de los imaginarios acuáticos del Antropoceno– en una constelación de obras literarias y cinematográficas del contexto andino y latinoamericano. Nuestros caminos de reflexión e investigación se habían acercado bastante en los años anteriores, sobre todo al descubrir nuestro interés compartido por las humanidades ambientales, el enfoque ecocrítico, la búsqueda de perspectivas teóricas eco-sensibles y atentas a la actual crisis ecológica en el quehacer académico. Pablo llevaba ya algunos años ocupándose de estos asuntos, y su reflexión al respecto era para mí un referente importante. No dudé en pedirle que fuera mi tutor de tesis, un trabajo que él se tomaba muy en serio, con tremendas rigurosidad y generosidad. Afortunadamente, la arremetida del virus invisible no impidió que nos embarcáramos entusiastamente –aunque fuera virtualmente y a la distancia– en esa nueva aventura ecocrítica.

A veces me pregunto de dónde provenía esa otra vertiente, verde y ecologista, de su tan multifacética actividad intelectual. Me parece que se desprendía, en primer lugar, de su genuino interés por lo público, una notable vocación por poner el pensamiento al servicio de una reflexión lúcida en torno a ciertos asuntos apremiantes que atañen a nuestra vida común en sociedad. Había en él un marcado sentido de responsabilidad intelectual, un rasgo que en gran medida explica su implicación activa en debates y discusiones públicas en torno a diversas cuestiones relevantes, como el rol de las nuevas tecnologías en la creación de conocimiento, la implementación de políticas culturales y la situación de la educación en nuestro país. Su estampa de polemista, desplegada a través de una artillería de columnas, entrevistas y ensayos, así como en la fogosidad de sus conversaciones cotidianas, dan buena cuenta de ello. Más que un mero académico, él era un pensador humanista que, lejos de enclaustrarse en el terruño especializado de su propia disciplina, sentía la necesidad de salir al mundo e involucrarse en los asuntos de la polis. Siempre me pareció admirable su valentía al defender posiciones propias, independientes y díscolas, que a menudo se situaban a contrapelo de las modas culturales hegemónicas y de lo políticamente correcto.

En ese sentido, su reflexión acerca de las urgencias medioambientales que aquejan al *oikos* que compartimos –la casa planetaria común– formaba parte de un proyecto intelectual más amplio y abarcador; era una expresión más de su incansable desvelo por situar el estudio de las humanidades, la literatura, el arte y la filosofía en el presente del mundo, en el tejido de la sociedad. Por otro lado, su ecologismo estaba lejos de limitarse a la repetición irreflexiva de ciertos lugares comunes en torno a nuestra relación con la naturaleza o las encrucijadas abiertas por la crisis en curso, algo con

lo que es tan frecuente encontrarse en los circuitos académicos actuales. Su mirada sobre la cuestión ecológica radicaba, más bien, en una profunda convicción acerca del rol que la estética y los saberes humanistas pueden jugar a la hora de generar conocimiento sensible, imaginar otros futuros posibles y despertar conciencias, una tarea en la que –y este era un tema que lo apasionaba– el discurso científico imperante durante las últimas décadas ha fracasado estrepitosamente.

Pero tal vez hay otro motivo, más sencillo y profundo, que explica su preocupación por lo medioambiental: Pablo era un amante de la vida, de la tierra, del paisaje. Detrás de sus búsquedas intelectuales o de su permanente queja inconformista acerca de tantas dinámicas socioculturales vigentes, no era difícil reconocer la sensibilidad despierta de alguien que sabe apreciar la riqueza del mundo, su brillo, su don, todo eso que nuestro presente antropocénico ha puesto en peligro. En los paisajes monocromos de su pintura palpita la mirada de un artista que sabe apreciar y capturar la belleza del entorno. Lo recuerdo contándome de sus acampadas, de sus viajes al sur con familia y amigos, del disfrute de estar más cerca del tiempo y el pulso de lo natural.

Hablábamos de esto en los encuentros semanales que tuvimos por casi dos años durante la pesadilla del coronavirus, en reuniones virtuales de trabajo que en realidad eran mucho más que eso: una forma de mantenernos cerca, de saber de nosotros, averiguar cómo estábamos afrontando cada uno las inclemencias de un tiempo tan incierto y preocupante. El trabajo académico era secundario, pues su principal preocupación consistía en enterarse de la forma en que yo estaba sobrellevando humanamente la crisis en medio de mi investigación; la vida estaba primero. No me olvido de su reacción cuando le conté que, en medio de todo ese caos, yo había decidido subir a una montaña para hacer mi primera “búsqueda de visión”: una ceremonia de herencia indígena que implica estar durante cuatro días y cuatro noches retirado, sentado junto a un árbol, a la intemperie, haciendo ayuno de comida y agua. Bromeé un rato diciéndole que todo eso era parte importante de mi investigación doctoral, de nuestro proyecto. Él, por cierto, me escuchó con suspicacia, un poco perplejo por lo que le estaba contando, y luego vociferó, ironizando sobre mis “ritos paganos” y mi “pachamamismo”; pero al mismo tiempo manifestó, como siempre hizo, fuera de toda broma, un interés genuino por mi camino, por mi mundo y mis búsquedas. Pablo se interesaba por las personas, por sobre todas las cosas. Era un humanista.

Nuestros encuentros semanales del periodo pandémico fueron también una forma de continuar pensando juntos en un tiempo de catástrofes, casi apocalíptico en ese momento; una manera de acompañarnos a imaginar –tal como se tituló su último proyecto de investigación formalizado– otro fin del mundo posible. Mi investigación acerca del agua y los imaginarios hídricos nos empujó a una deriva fabulosa, de flujos y corrientes de conversación sobre una confluencia impresionante de autores, temas, obras, escrituras, películas, series, documentales, noticias, memes, cortometrajes, imágenes. Navegamos por Rachel Carson, Elizalde MacClure, la Mistral, Oyarzún, Arguedas, Kenneth White, Michel Serres, Raúl Ruiz, Luc Ferry, Herzog, Chatwin, Morton, por nombrar solo a un puñado de un inmenso listado. Viajamos juntos pese al encierro, sin movernos de nuestras sillas, yendo desde un texto poético del barroco colonial chileno –acerca de una histórica inundación santiaguina provocada por la salida del Mapocho– hasta la ecopoesía de Nicanor Parra en la década de los 80; desde la crónica escrita por John Byron en el siglo XVIII para relatar su naufragio en el archipiélago patagónico hasta la visión de la naturaleza en ciertos textos poéticos de la Lira Popular; desde los escritos y dibujos de Da Vinci sobre el agua hasta las joyas ocultas en las páginas del libro *La mar*, del escritor chileno Ignacio Balcells –una obra a la que volvíamos una y otra vez, con una fascinación entusiasta que nos llevó a comenzar a trabajar en su reedición. No exagero al confesar que nuestro intercambio durante ese periodo fue la experiencia más nutritiva y valiosa que tuve en mi formación doctoral, y, sin duda, uno de los mayores regalos de toda mi educación.

Un día, en plena vigencia de los toques de queda, cordones sanitarios y pases de movilidad, me pidió que pasara brevemente por su casa para prestarme algunos libros que yo, según él, debía leer urgentemente –y anotar y fichar debidamente, como dicta el protocolo de la *chiuminática*. Realizaríamos el traspaso clandestino de mercadería libresca en un parque frente a su edificio, donde él estaría con su pequeño hijo Franco, que por entonces debe haber tenido cuatro o cinco años, para airearse ambos del desafiante encierro. Pedaleé apresuradamente desde mi casa hasta la suya para concretar el riesgoso operativo, sin imaginarme la escena inolvidable con la que me encontraría al llegar: en el encajonado parquécito del bandejón central de avenida Américo Vespucio, en medio del apocalipsis pandémico santiaguino, Pablo Chiuminatto estaba gustosamente jugando a las bochas con su hijito. Me entregó los libros y, está claro, me invitó a que me quedara un rato jugando con ellos. Yo no conocía el juego, pero él no tardó nada en ponerme al tanto de todo lo importante: la herencia italiana, las reglas básicas, la manera, la técnica,

los trucos. Y después jugamos, sencillamente jugamos, durante un breve tiempo que hoy me parece una eternidad.

No me olvido de su alegría en ese momento, su entusiasmo, su innegable disfrute. Había sido padre tardíamente, ya bastante mayor, pero viéndolo ahí, junto a Franco, mientras lanzaba bochas, parecía ser él también un niño, plenamente presente y absorbido por el espíritu del *gioco*. Lo que ahí resplandecía –como en sus conversaciones, como en sus investigaciones, como en su docencia– era un ánimo maravillosamente lúdico, una capacidad de hacer de la experiencia y del presente un juego gozoso, atrayente. Pablo sabía jugar. Yo esa tarde regresé de aquel parque con tarea de lectura y con la imagen de unas bochas rodantes, arrojadas diestramente por un hombre –oh, *grande giocatore!*– que todavía sigue jugando alegremente en mi memoria.

6

Durante los últimos años, ya sin las restricciones pandémicas, nos reuníamos a menudo para almorzar juntos en el Sabor de Buenos Aires, un café que está cerca de la Plaza Las Lilas. Pedíamos siempre milanesas con ensalada, un rito habitual, mientras compartíamos acerca de la vida, las lecturas y los proyectos que traíamos entre manos, como la proyección de artículos escritos en conjunto o la reedición de Balcells. Fue en ese lugar donde lo vi por última vez, un par de meses antes de su muerte, en vísperas de navidad. Al final del almuerzo le conté que al día siguiente viajaría a Carretones, cerca de San Clemente, para pasar las fiestas de fin de año en la casa de los padres de mi pareja, de los que por supuesto me pidió un perfil detallado. Recuerdo que él también me contó acerca de su propia relación con sus suegros. Después de una pausa, me preguntó qué regalo llevaba yo para darles a los míos en la visita navideña, y desperté en él una graciosa indignación al responderle que ninguno, que ni siquiera lo había pensado. Se escandalizó. No solo me sermonéó un rato acerca de la importancia estratégica de esos gestos de buena crianza, sino que se animó a ir un paso más allá: después de pagar la cuenta del almuerzo, se levantó enérgicamente y me pidió que lo acompañara hasta un almacén cercano, donde se aseguró de que yo comprara un pan de pascua muy fino y un vino tinto respetable, para llevárselos de ofrenda cordial a mis suegros. Así era Pablo: inaudito, entrañable, cuidadoso de los detalles. “Vas a quedar como rey, ya verás”, me dijo risueñamente al despedirse, mientras nos dábamos un cariñoso apretón de manos. Fue el último que nos dimos.

Uno conserva a menudo intacta la memoria de los encuentros finales, esa última vez que se vio a alguien querido sin saber que no habría una próxima oportunidad. Yo conservo muy fresco el recuerdo de aquel almuerzo, no solo por ese precioso gesto final de mi amigo, sino también por algo más. Ese lunes yo llevaba conmigo una edición anotada de *La epopeya de Gilgamesh*, el antiquísimo poema babilonio escrito en acadio, en escritura cuneiforme sobre tablillas de arcilla, de hace más de cuatro mil años. Lo estaba releendo, fascinado por desempolvar la poderosa historia de aquel héroe remoto y arquetípico. Se lo mostré a Pablo y a él, evidentemente, buen amante como era de lo antiguo, lo remoto y lo clásico, le encantó que estuviera enfrascado en una lectura así.

Nos quedamos pegados un buen rato conversando sobre el poema. La refresqué la historia del gran Gilgamesh, rey de Uruk, quien resulta completamente transformado después de hacerse amigo de Enkidu, un hombre salvaje que los dioses han creado para desafiarlo, representación del vínculo entre lo humano y lo animal. Habiendo sido primero rivales, después de enfrentarse ambos personajes entablan una amistad entrañable, que los llevará más tarde a derrotar juntos al feroz monstruo Humbaba, criatura mítica que cumplía la función de ser el guardián del Bosque de los Cedros; un espíritu protector de la naturaleza. Ensoberbecidos por su victoria, Gilgamesh y su amigo talan el bosque para construir con su madera una fabulosa puerta para la ciudad de Uruk. Como era de esperarse, el suceso es visto por los dioses como una afrenta imperdonable, la ruptura de su orden divino, y el castigo no tarda en llegar: la profanación debe pagarse con la muerte de Enkidu y el profundo duelo de Gilgamesh, quien vagará desconsolado hasta el confín del mundo para intentar encontrar algún alivio a la angustia existencial que ha brotado en él por la muerte de su amado amigo.

Nuestra conversación de aquel día, en esa última lectura que comentamos juntos, se detuvo principalmente en las sorprendentes implicancias ecológicas de un texto tan antiguo. Aunque imaginada y escrita hace varios miles de años, la peripecia de Gilgamesh y Enkidu ya representaba a su modo el conflicto entre la incipiente civilización y la naturaleza salvaje, así como las funestas consecuencias de una actitud desacralizadora del orden natural, que al desproteger el bosque y convertirlo en un recurso explotable comenzaba a atentar contra dictámenes celestiales y códigos ancestrales. Milenios antes del auge de las inquietudes medioambientales, los ecologismos y las ecocríticas, el primer poema épico registrado por la historia humana contenía ya una visión intrigante acerca de nuestra ruptura del contrato natural, de nuestra traición a los secretos del bosque. A Pablo le encantó este punto, pues con frecuencia arremetía contra los aires de supuesta novedad que a menudo envalentonan a los discursos de cierta crítica ecológica. “Entonces ahí

tenemos al primer ecologista militante”, concluyó, refiriéndose al hipotético creador de la epopeya sumeria.

Aunque lo que nos ocupó ese día fue principalmente el ejercicio de esa mirada ecocrítica en torno al poema, hay en él, desde luego, otras importantes dimensiones de sentido en las que no tuvimos tiempo de detenernos con mayor profundidad en ese momento. Sin embargo, fue imposible para mí no volver a releer esos versos a los pocos días de la partida de Pablo, asombrado por la trama misteriosa de las coincidencias y las resonancias. *La epopeya de Gilgamesh* es un texto acerca de la amistad, acerca de la muerte de un amigo, probablemente una de las más emotivas expresiones de la temprana cultura humana en torno a este asunto –quizás solo comparable con el lamento de Aquiles por la muerte de Patroclo en *La Iliada*. Y Pablo fue un verdadero artista de la amistad. Como Gilgamesh, fue alguien que supo apreciar en su vida la importancia de hacer amigos y emprender junto a ellos grandes aventuras y proyectos. Para darse cuenta de esto, basta con echarle un vistazo a la inmensa cantidad de iniciativas en colaboración y camaradería que emprendió junto a tantas personas cercanas, como artículos y libros en coautoría, cursos, seminarios, investigaciones, mesas, publicaciones y proyectos; basta con recordar su funeral y los emocionantes testimonios que compartieron ahí muchos de sus amigos y amigas, cada cual celebrando el regalo del vínculo único, íntimo y entrañable que habían entablado con él; o basta, para mí, con traer a la memoria la mañana de mi defensa de tesis doctoral, en la que tomó la palabra y se emocionó casi hasta las lágrimas al acordarse de nuestro querido Pedro Lastra, un viejo maestro y amigo de ambos que por razones de salud no podía estar ahí acompañándonos. Él sabía del valor de la amistad.

Es la amistad lo que transforma a Gilgamesh, y es su pérdida lo que lo humaniza y conmueve. Al morir Enkidu tan abrupta y arbitrariamente, su corazón queda destrozado, en el más pleno desconsuelo. Los versos de la elegía que dedica a su amigo recién fallecido son hermosos y estremecedores: se dirige a él para contarle que los lugares, cosas y seres que ambos habían compartido en vida ahora lloraban por él. Yo no podía dejar de escuchar esos versos en mi interior al despedirme de Pablo, como una letanía, trayéndolos para mi propio duelo y elegía: *¡Que los pasillos de San Joaquín, sin callar, te lloren día y noche! ¡Que te lloren tus estudiantes, tus colegas, tus amigos! ¡Que te lloren las plazas de tu Quilpué natal, sus árboles y caminos! ¡Que se lamenten por ti las calles del barrio Bellas Artes, las bancas del Parque Forestal, las mesas del café Mosquito! ¡Que lloren por ti las esquinas bonaerenses por las que caminamos juntos! ¡Que te lloren los vagones del metro, que un día nos vieron hablando de zapatos! ¡Que te lloren los listones de pasta fresca, los platos de peperonata, las milanesas y el pan de pascua! ¡Que lloren por ti las páginas de Balcells, que han perdido a su mejor lector! ¡Que tus fichas de lectura se lamenten por ti! ¡Que tus sombreros y*

trajes exquisitos lloren por ti! ¡Que lloren por ti las bocas, con las que fuiste un día feliz junto a tu hijo! ¡Que lloren por ti los correos de amor cartesianos y filosóficos con que cortejabas a Soledad cuando se conocieron! ¡Que la pintura y la literatura lloren por ti! ¡Que el agua y la tierra lloren por ti!...

Aún más en lo profundo, *La epopeya de Gilgamesh* es un poema sobre la muerte, su siempre devastador e implacable zarpazo en nuestras vidas. Muerto su compañero, el héroe conoce en carne propia la angustia ante el final de la existencia, el miedo ante su inminencia siempre incierta, ante su cruda inevitabilidad. “¡Lo que le sucedió a mi amigo me sucederá a mí!”, exclama en su desconsolado peregrinaje por la estepa, antes de emprender un viaje mítico en busca de seres extraordinarios en los que espera encontrar el alivio de alguna fórmula que lo libre a él del destino de su amigo. Encuentra al anciano Utnapishtim –un sobreviviente del Diluvio que ha recibido el don de la inmortalidad–, quien le confía el secreto de una planta extraordinaria que depara la juventud eterna a quien la porta; pero, aunque Gilgamesh finalmente la consigue, una serpiente se la roba en el camino de regreso a casa. No hay forma de escapar al destino mortal. El rey de Uruk concluye su travesía sin haber encontrado la eternidad que buscaba, pero trayendo consigo una profunda comprensión, que podríamos llamar sabiduría: solo para los dioses existe la inmortalidad, mientras que para los seres humanos solo queda la continuidad de nuestras obras y de nuestros vínculos. La angustia ante la muerte ha creado a un rey sabio.

“¡Lo que le sucedió a mi amigo me sucederá a mí!”. Es una línea que yo me recuerdo a menudo, cuando vuelve a morderme el desconsuelo por haberlo perdido tan inesperadamente, cuando me encuentro –con tanta frecuencia– echándolo de menos. También es algo que le escuché decir a él, sobre todo en los últimos años, cuando me compartía su perplejidad y tristeza por la partida temprana de amigos suyos. Tengo muy presente el recuerdo de haberlo oído hablar varias veces de la inminencia de su propia muerte, bromeando acerca de que nos quedaba profesor Chiuminatto por poco tiempo. A veces las bromas son en serio. Imposible saberlo entonces, cuando era tan improbable la sola posibilidad de figurarse la extinción de ese fuego, de esa tremenda energía que palpitaba en él. Al vivísimo Pablo Chiuminatto yo no podía imaginarlo ni siquiera durmiendo.

Pero lo cierto es que, tal como descubren los héroes de las epopeyas de este tiempo y del otro, es el misterio el que tiene la última palabra, y no nosotros. Cómo iba a imaginármelo apagándose si tengo en mi teléfono, en nuestra conversación por whatsapp, un audio que me envió el día antes de morir, pues planeábamos vernos la semana siguiente para retomar nuestra trinchera después del receso veraniego. Ahí está su voz, su graciosa voz, como detenida en el tiempo, diciéndome que sí,

que obviamente teníamos que vernos muy pronto, pero el problema era el cuándo, pues el comienzo del año había sido difícil y la vida no estaba fácil entre tantos deberes académicos y domésticos; para rematar con una grandiosa cita del colombiano Nicolás Gómez Dávila, las últimas palabras que Pablo tuvo para mí: “El escepticismo no es irrisión del misterio, sino de las recetas con que el tonto pretende descifrarlo”. Y agregó al final: “Y yo no soy más que el tonto”. Y luego el silencio. Un profundo misterio que no puedo –que no quiero– descifrar.